

Capilla ardiente

Álvaro
Abós

Prólogo de Osvaldo Aguirre



Hugo Benjamín

Abós, Álvaro
Capilla ardiente / Alvaro Abós ; Prólogo de Osvaldo Aguirre. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Hugo Benjamín, 2024.
258 p. ; 21 x 14 cm.

ISBN 978-631-6548-16-0

1. Novelas Históricas. I. Aguirre, Osvaldo, prolog. II. Título.
CDD A863



Hugo Benjamín

© 2024, Álvaro Abós.

© 2024, Hugo Benjamín Levin.

Publicado bajo el sello Hugo Benjamín®
Riglos 108, 2.º A, C1424.

Fotos en tapa: Alejandra López

Corrección: Dana Babic.

Diseño de colección: *Alessandrini & Salzman*.

Diagramación: Pablo Alessandrini

1.ª edición mayo 2024.

ISBN 978-631-6548-16-0

Impreso y encuadernado en abril de 2024 en Oportunidades S. A.
Uruguay 2987, Victoria, Buenos Aires, Argentina.

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723.

Impreso en la Argentina.

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin permiso previo y escrito del editor.

Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.

Prólogo

Álvaro Abós ha publicado novelas, cuentos, biografías, investigaciones históricas y artículos periodísticos y entre esos registros prefiere el de la narrativa. Estudió Derecho en la Universidad de Buenos Aires y se graduó como abogado, pero según suele decir su verdadera formación, como lector y escritor de literatura, transcurrió en otro ámbito desde la adolescencia, el de los quioscos donde podía aprovisionarse de libros, y entre ellos en particular los de género policial. Estas referencias son básicas para apreciar la reversión que propone *Capilla ardiente* sobre un episodio trágico en la historia argentina del siglo XIX.

La novela transcurre en Tandil entre el 1° y el 2 de enero de 1872, cuando un grupo de gauchos y bandidos acaudillados por un oscuro personaje, Tata Dios o Médico Dios, emprende una cacería de inmigrantes en la zona. La masacre se ejecuta como una especie de purificación, un sacrificio en el altar del campo bonaerense que según el discurso de los alzados debe preceder a la instauración de un nuevo orden, y desencadena una represión no menos brutal por parte del Ejército y de los vecinos notables.

Abós reconstruye la trama de los acontecimientos, recupera las figuras que confrontaron en el escenario histórico y resalta como protagonistas de la narración al fotógrafo Javier López, oriental de 35 años radicado en Tandil después de documentar la guerra del Paraguay, y a Simone Boyer, una maestra francesa que ha participado de la insurgente Comuna de París. Sin embargo, *Capilla ardiente* no propone una recreación de sucesos en el sentido convencional de la expresión ni su propósito es acudir al siglo XIX simplemente a los fines de encontrar una historia.

Si por regla general la mayor o menor correspondencia de la literatura con el discurso de la Historia es irrelevante para la lectura

de una ficción, la masacre de Tandil no tiene un relato establecido que pueda funcionar como referencia textual. El episodio en cuestión persiste hasta la actualidad en el registro de la leyenda y de las conjeturas, y los interrogantes, los blancos y las contradicciones cobran mayor espesor que los documentos y las piezas judiciales.

Desde ese punto de vista *Capilla ardiente* podría ser leída como la reapertura de un ciclo narrativo que comienza a producirse cuando la sangre de los caídos, como se dice, todavía está fresca. Pero la novela es más ambiciosa, ya que la incógnita de la verdad y las limitaciones de los intentos por alcanzar alguna certeza son uno de los objetos de narración: no solo cuenta la sucesión de muertes desatada en el transcurso de pocas horas sino la investigación de los hechos y, centralmente, la manera en que el crimen y la violencia son matrices del lenguaje y de los discursos. Así surge un contrapunto revelador del horizonte en que se inscribe la ficción: mientras el juez de paz desoye a los rebeldes como bárbaros que no tienen voz, Javier López sostiene que “la verdad no es tan fácil de saber” y “para averiguarla hay que hablar con todos”.

Capilla ardiente crea un espacio donde precisamente resuenan las voces de todos los involucrados en el drama. Un espacio que no existe fuera de la ficción. Extranjero y también extraño —el fotógrafo es un “ojo extraño”, anota el narrador— Javier López tiene mucho de desarraigado y de sobreviviente, como huérfano de nacimiento en Montevideo y veterano de guerra a su modo. Simone Boyer es por su parte una fugitiva y su presencia en Tandil sigue una estela de aventuras de un extremo al otro del mundo. Ambos personajes se diferencian así de los nativos, de los integrantes de la clase propietaria y de los inmigrantes llamados a contribuir con el progreso, pero también ponen en evidencia la fragilidad de un orden donde los títulos de propiedad y los sentimientos de pertenencia son mucho más dudosos de lo que parecen.

Javier López aparece en principio como un testigo de los hechos. Este lugar a la vez distante de la acción pero cercano a los personajes, en contacto simultáneo con los sectores enfrentados,

se configura en contigüidad con su oficio de fotógrafo y sobre todo resulta posible porque viniendo de lejos, con la experiencia de la guerra y la búsqueda de una reparación, es ajeno a las disputas que se anudan en los hechos y, como lo desarrolla la novela, exceden a las demandas formuladas en lo inmediato.

Los orígenes de la fotografía en el Río de la Plata y el modo en que el arte nuevo comienza a registrar a los personajes y los sucesos históricos, a la vida cotidiana y los sucesos de la calle, despiertan una “sed de imágenes en lo abierto” que impulsa al protagonista. Javier López cultiva la fotografía como el arte de documentar la realidad pero rápidamente advierte la paradoja que determina la época: quiso dar cuenta de la vida y le toca retratar la muerte. Los retratos más preciados, los de las mujeres de su intimidad, son los que se sustraen a la cámara. La fotografía, piensa, sirve para saber algo más de lo que ella misma puede registrar. Javier López no solo es entonces un ojo entrenado por el trabajo constante de la observación sino también un oído sutil y, como le advierte al juez, dispuesto a escuchar en especial a aquellos que no tendrían parte en lo que considera la verdad.

Capilla ardiente construye así el suceso histórico a través de las voces de sus protagonistas. Por eso la novela tiene una intensidad y un grado de veracidad que difícilmente pueda lograr otro tipo de discurso. Álvaro Abós sostiene que lo más productivo de los géneros literarios consiste en las transgresiones que posibilitan antes que en la disponibilidad de repertorios temáticos y formales, y para el caso del thriller su versión personal es la de un relato que integra y al mismo tiempo trasciende la crónica, el testimonio y la investigación judicial. La ficción resulta entonces el dispositivo más eficaz para comprender un suceso, y estas posibilidades no dependen de una perspicacia en particular ni de cualidades que puedan separarse del relato sino del orden con que la narración ilumina los hechos.

El hilo conductor es la violencia. La ficción desplaza el foco de Gerónimo Solané, el Médico Dios, y descubre el alzamiento de Tandil sobre el trasfondo del proceso de apropiación de la tierra en

un espacio donde la frontera entre lo que se llama civilización y lo que se llama desierto es todavía borrosa. El odio a los extranjeros por parte del gauchaje remite a un estadio primitivo, comprende por extensión a todos los que viven en el pueblo y además resulta recíproco desde el momento en que los civilizados se contemplan en el mismo espejo. La revuelta pone el mundo al revés porque los gauchos malos y los bandidos “eran ahora los dueños y señores de la vida y la muerte” y patentiza un estado de cosas previo (y posterior) no menos abusivo y sangriento. La “tierra negra de Tandil” puede parecer una bendición de Dios y un vergel inexplorado para el hacendado Ramón Santamarina pero es también una tierra maldita porque el precio de la acumulación capitalista es un crimen más o menos disimulado: “El que quisiera más tierra solo tenía que sacársela al indio”.

Esta novela continúa una obra literaria dedicada centralmente a replantear en la ficción los conflictos que atraviesan la historia argentina desde el siglo XIX a la actualidad. Álvaro Abós retrocede ahora en el tiempo y encuentra en 1872 una clave en la conformación de la sociedad urbana argentina: no se trata ya de que el delito aumente, disminuya o de que registre ciertas variables sino de la inscripción del crimen y del robo como piedras angulares de la civilización. *Capilla ardiente* lleva a esa obra a su nivel más exigente y logrado, a la altura de aquellas historias y de aquellos sueños que conmovían a su autor cuando se iniciaba en la literatura en el quiosco de la esquina.

Oswaldo Aguirre

Capilla ardiente

*La historia es un archivo de crímenes
pero lo que me interesa no es la historia de
los políticos sino la de los individuos que tra-
tan de sobrevivir a ella.*

GYÖRGY KONRAD

Capítulo 1

—¿Quién es? —pregunta Javier López.

Se siente mal, apenas ha dormido, la resaca lo tortura. Fue a la fiesta de fin de año en el hotel La Piedra Movediza pero volvió hastiado. La única persona que le interesaba en el pueblo no estaba allí. Ya es de madrugada. Atisba, a través de las ventanas, un resplandor tenue que anuncia el primer día del año. Un ruido lejano rompe el silencio de la noche. ¿El bramido de una fiera, un gemido humano? Sonidos misteriosos que se le antojan el anticipo de un peligro. Está a cien leguas de la... iba a decir civilización. Pero Javier López se cuida de formular siquiera en su pensamiento esta idea. Ninguno de los hombres y mujeres que habían compartido la fiesta de fin de año, bien comidos y bebidos, la hubieran aceptado. El hotel es su segunda casa, pero la fiesta le había parecido estúpida. Al llegar del hotel estaba tan cansado, había bebido tanto alcohol que no se desvistió. Sólo se sacó los botines, esas armaduras que le torturaban los pies. Al tenderse en la cama, boca abajo, el reloj le pinchaba el esternón. Sentía los dedos hinchados como morcillas y le costó trabajo liberarse de la cadena. Al fin dejó el dorado recuerdo de familia junto a la jarra. Después, el resto de la noche en blanco, con algunos fragmentos de sueño y ahora...

—¿Quién es? —pregunta Javier López.

Él se llama Javier López, es fotógrafo, oriental, soltero, de treinta y cinco años, acaba de despertar en este primero de enero y a su alrededor hay un elemento discordante. Están repicando las campanas. No llaman a la primera misa del día. Es toque de difuntos. Suena nítido un galope por la calle. El eco del jinete se prolonga en voces lejanas. Luego, se pierde.

Se viste, sale a la calle y camina los pocos metros que lo separan de la plaza, un cuadrilátero circundado por edificios bajos, salvo la

torre de la iglesia coronada por una cruz; en el centro se alza un mástil en el que no se ha izado aun la bandera nacional. Hay gente arremolinada en una esquina, frente al edificio del banco que hoy iba a inaugurarse. En la calle, en el centro del corro, está tirado un hombre de rostro muy pálido. Nadie, entre las personas que lo rodean, atina a restañar la sangre que mana de una herida en su cabeza.

—¿Quién es? —pregunta Javier López.

—Es Saletti, el panadero de la calle 25 de mayo...

Las campanas cargan el aire de agorerías. Del juzgado de paz sale un pregonero quien, tras el repique del tambor, lee un bando en el que convoca al pueblo para “informar de hechos de mucha gravedad”. Luego, enfila hacia otras esquinas, seguido de algunos chiquilines para quienes la novedad es motivo de jolgorio. A la plaza acuden vecinos a pie y a caballo, y así los demás conocen las versiones que cada uno aporta:

—Es un malón —arriesga un vecino—, los de Moyano vieron la polvareda más allá del arroyo, parece que son miles los indios que atacan.

—Pero entonces, ¿qué le ha pasado al panadero?

—No, no puede ser un malón —afirma otro—. Calfucurá está tranquilo, los indios no malonean por estos pagos.

—Es una enfermedad —dice otro—, una extraña peste que se transmite por el agua, está envenenada, provoca locura, Saletti se tiró desde el techo de su casa.

—Pero ¿quién le dijo eso?

—Un guardia nacional que vive al lado de mi casa.

—Eso es un infundio...

Un carro irrumpe en la plaza poniendo fin al vocerío. El conductor, frente al juzgado, sofrena los caballos de un tirón por lo que el vehículo está a punto de volcar. Carga tres cadáveres degollados. Los gritos de las mujeres son tan insoportables que él, Javier López, debe taparse los oídos. Un jinete llega al galope y desmonta antes de que el caballo se detenga. Es un soldado que trae un mensaje y que

intenta entrar al juzgado, pero la multitud se lo impide, acosándolo a preguntas.

—¿Qué ha pasado? ¿Quiénes fueron?

Las voces, multiplicadas, entrecortadas, son granos que revientan en la mañana que ya es de oro. Todos quieren hablar al mismo tiempo, todos tienen su particular versión del hecho nuevo que ha irrumpido en el pueblo. La piedra, se ha derrumbado la piedra. No. Un río de lava baja desde la montaña y está por inundar al pueblo. No, eran los salvajes que se han alzado. ¿Los salvajes? Los indios, junto a los seguidores del médico. Del Médico Dios. Ha llegado una hora muy aciaga, la del fin. Quién no ha escuchado rumores y habladurías. Un hombre que dice venir de Peñalverde explica:

—A las puertas del pueblo hay un ejército de jinetes negros, lo comanda el Médico, y está formado por indios y bandidos alzados, quieren arrasar el pueblo porque dicen que hoy es el Día del Juicio y que la piedra caerá.

Un vozarrón firme trata de ordenar la insania que infecta la mañana. Versiones, hipótesis. Son sólo un grupo de hombres que se han reunido para robar. Son bandidos borrachos. Nada tiene que ver el Médico en esto.

—¿Cuántos son los muertos? —pregunta Javier López con la boca seca. Los ojos de su interlocutor están como vacíos, como si el estupor de lo que pasa le hubiera quitado todo brillo. Javier López intuye que en el pueblo no sólo han muerto los cadáveres.

—¿Cuántos son los muertos?

—Tres. Y el panadero.

—¿Es Saletti?

—Le hundieron el cráneo.

Depositán los cuerpos mutilados sobre una larga mesa. La sábana que los cubre está manchada de sangre. Fueron arrastrados por la tierra negra, los rostros están sucios. Javier López imagina la escena. Los degolladores los habían arrojado al suelo, boca abajo y el facón penetró en la nuca. Los muertos que trajo el carro son un hombre, una mujer, ambos jóvenes, y un chico de unos quince años,

los tres –le dijeron– vascos que integraban una de las familias que, días atrás, habían llegado al Tandil acampando en la Plaza de las Carretas, a veinte cuadras del lugar donde están ahora.

–Los atacaron cuando dormían. Hay muchos más muertos –le informan a Javier López–. Los que quisieron huir fueron perseguidos y rematados por la espalda.

–¿Quiénes son los que han hecho esto y por qué?

–Invocan a Solané, al Médico Dios, dicen que quieren limpiar el pueblo de extranjeros.

–¿Los manda Solané?

–Algunos lo vieron, montado en su albino. Iba separado de los alzados, pero ellos lo obedecían.

–Otros dicen que él no estaba entre los asesinos, y el único jefe es el Enfermero.

–¿Está Cruz Gutiérrez entre ellos? –pregunta Javier López al juez Figueroa, que va de un lado a otro, escuchando novedades y dando órdenes.

–¿Quién?

–Cruz Gutiérrez.

Una noche, cinco o seis meses atrás, Javier López había despertado inquieto, invadido por una imprecisa angustia. Escuchaba el latido de la noche. Estaba tan cansado como si en lugar de haber dormido unas horas hubiera montado un potro salvaje. Bebió el agua que tenía en la mesa de luz. Fue a la cocina a buscar más. Un presagio hacía sigiloso su paso. Entró a todas las habitaciones.

No encontró nada raro en la sencilla casa que alquilaba. Los pocos y desvencijados muebles oscuros, el piso de ladrillo, las paredes de grueso revoque y sin adornos, descubrían la condición de su morador, hombre sin familia, forastero en el pueblo.

No encontró nada raro, salvo que, en el estudio, al pie de la cámara Brownie, había un muerto.

La luz lunar que entraba por el techo de vidrio volvía irreal los telones con escenas alpinas, los bancos de jardín de hierro pintado de blanco, el canapé, las dos cámaras montadas sobre trípodes de madera y el resto de los bártulos de ese estudio fotográfico.

El hombre muerto era en realidad un hombre dormido. La madrugada en que lo descubrió, Javier López había quedado paralizado ante el misterio de esa carne inerte. El hombre muerto, quien él había creído que era un hombre muerto, emitía un estertor que se hizo sonido regular. Roncaba. Al saber que era un durmiente, al enterarse de que bajo su techo dormía un desconocido, Javier López entendió cosas que hasta ese momento se le habían antojado inexplicables, fragmentos de conversaciones en voz sofocada provenientes de algún lugar de la casa que él oía mientras revelaba las fotos. ¿Quién era? ¿A quién le hablaba? Sólo reconocía en esos susurros la voz de Juana, la criada. Cuando ella se iba, terminadas las tareas domésticas, Javier López encontraba en la casa cáscaras, algunas botellas mediadas y en el piso de tierra de la cocina, las huellas de otros pies. Aquella noche en la que despertó sobresaltado, Javier López se quedó mirando al hombre que no estaba muerto sino dormido. Lo miró mucho tiempo, en silencio, con la extrañeza radical que provoca un hombre que, al escapar a la vigilia, ha dejado de pertenecer al mundo.

Ese hombre abrió los ojos y no había miedo en la expresión, como si ser sorprendido durmiendo en casa ajena fuera algo que le sucediera todos los días.

—Soy Cruz Gutiérrez —dijo—. El marido de la Juana.

Los ojos eran rendijas rojas, pliegues en llamas en medio de un matorral de pelo gris, espeso en algunas zonas de la cabeza, ralo en otras, como si lo hubiera tusado un loco.

—Soy el marido de la Juana —repitió con una voz de serrucho. Cuando Cruz Gutiérrez abrió la boca, él, Javier López, descubrió que a ese hombre no le quedaba un solo diente.

—¿Qué está haciendo en mi casa?

—Yo a usted lo conozco.

—¿De dónde me conoce?

Precisó en qué lugares y en qué fechas lo había visto, con una memoria prodigiosa.

—Yo en cambio no recuerdo haberlo visto antes.

—Lo mío es por los caballos —explicó el hombre, con modestia.

—¿Cómo por los caballos?

—La memoria. Soy tropero. Llevo y traigo caballos y a veces me encargan que consiga uno.

El patrón, dijo Cruz Gutiérrez, le había pedido que le consiguiera un moro con una estrella en la paleta y él, dijo, había cerrado los ojos y pasado revista a todos los caballos de la zona.

—No hay ninguno señor. Ningún moro con una estrella en la paleta, siento mucho.

—¿Cómo sabe que no hay ninguno? —le preguntó Javier López.

—Porque los he visto a todos.

—¿Qué está haciendo en mi casa?

—Soy el marido de la Juana —repitió.

La Juana. Esa mujer había llamado a la puerta cuando Javier López era un recién llegado al pueblo. Le abrió y ella se quedó callada, con el rostro medio oculto por el rebozo en el que, sin embargo, relumbraban los tizones de los ojos. Lo miraba fijo, con los dos niños pequeños cargados en los brazos, mientras otros —¿dos, tres más?— se aferraban a la pollera. Él le preguntó qué quería, pero ella no dijo nada, sólo lo miraba y cuando iba a cerrarle la puerta, ella le hizo un gesto como si empuñara una imaginaria escoba. Quizás fuera muda, pensó Javier López, pero más tarde, cuando la conoció mejor, supo que no era muda sino lacónica, o por lo menos lacónica con él, que era el patrón. Quería trabajar, y lo consiguió porque él necesitaba alguien que le limpiara y ordenase la casa. Por lo menos la casa, aunque tuviera prohibido, ella y todos, entrar al cuarto que servía de estudio fotográfico. Se llamaba Juana y vivía en un rancho de las afueras del pueblo, con sus hijos, algunos de los cuales la acompañaban mientras limpiaba la casa de Javier López y una vez le pidió permiso para quedarse a dormir.

—Es muy tarde —dijo esa mujer— y se viene una tormenta.

Estaba casada pero el marido se había ido a trabajar a otro pueblo, así le dijo, y sin más trámite se acomodó en la casa, junto a los hijos, que él, Javier López, nunca pudo saber cuántos eran, y a la mañana siguiente, muy temprano, estaba en pie cebando el mate. Era silenciosa, eficiente, limpia, soberbia. Por supuesto, ella hizo entrar a Cruz Gutiérrez en la casa. Él supo que lo haría desde el primer día que ella le habló del hombre. Cruz Gutiérrez era el hombre de la Juana.

—Usted está loco —le dijeron a Javier López, una vez, sus contertulios del hotel, cuando después de la cena, propuso estirar las piernas en una caminata por los alrededores—. Usted ha metido al enemigo en su casa.

—El peligro acecha en cualquier rincón —le repitieron el boticario, el molinero, el pequeño estanciero—. ¿Ha tomado a la Juana como criada? Tenga usted cuidado, amigo López —le habían dicho. Todos conocían a todos en el pueblo, y él estaba haciendo ese curso honorífico —el de vecino asentado— a pasos rápidos.

—¿Por qué cuidado?

—La Juana es la mujer de uno de ellos.

Es la mujer de uno de ellos. En el pueblo, la amenaza de los indios no se había extinguido, sólo estaba latente, a pesar de que la frontera se había corrido hacia el oeste y hacia el sur y de que el último malón databa de 1855. Pero esa amenaza se desvanecía porque, al margen de algunos indios amigos que allí vivían, los indios eran invisibles. En cambio, los hombres como el marido de Juana eran de carne y hueso, y pronto él, Javier López, aprendió que los días y las noches, los sueños y las pesadillas de los habitantes de ese pueblo, giraban en torno a gentes como el marido de la Juana, el muerto que no estaba muerto, sino que dormía al pie de la cámara.

—Cuatrerros, ladrones de ganado y de granos, bribones, haraganes, rateros, manos muertas, estómagos de buitres, hombres violentos y crueles, sin fe ni ley —recitaba con su voz de pito el estanciero pequeño, el señor Márquez, dueño de varios campos en el camino a

Arenales, cuyo olor a bosta apenas tapaban los potingues que compraba a un turco ambulante—. Peores que los indios, señor López, porque los salvajes matan sin más, vienen a matar, en cambio estos ya están entre nosotros, merodean por los lugares que pisan nuestros hijos y nuestras mujeres, se parecen a nosotros. Y los que es peor, piden.

—Sí, piden trabajo —quien hablaba era el señor Gálvez, el boticario, eternamente acalorado, siempre abanicándose con la pantalla de papel de China que el hotel provee a sus huéspedes habituales, en la que estaba estampado el nombre del hotel y el grabado de un castillo del Rin—. Él anda por acá.

—¿El marido de la Juana?

—Tenga cuidado, señor López. Pide trabajo, se ofrece, humilde y desvalido, alega mala suerte, que nadie confía en él, pero cuando alguien se apiada y lo introduce en sus dominios, entonces muestra sus dientes de lobo.

—¿Qué ha hecho el marido de la Juana? —preguntó Javier López.

—No sé, ni importa. Todos son iguales. Pero, si usted quiere saberlo, se lo diré. Sisa, engaña, traiciona, esconde, es capaz de los peores actos, escupe en la mano que le es tendida, señor López. Es mejor tenerlo lejos.

—Sí, bien lejos, por ejemplo, abajo —apuntó Márquez.

—¿Abajo?

—En el infierno.

Los tres rieron. El boticario señor Gálvez, con su risa asmática y conejil, el estanciero pequeño, señor Márquez, con su risa satisfecha, mientras que el tercer contertulio, el molinero y reverendo señor Fugl no reía con la boca, sino con los ojos, tan azules que parecía imposible que albergaran ni una astilla de odio.

—Los hombres como el marido de la Juana son la pesadilla del pueblo. Es mejor que se vayan, cuando uno de ellos desaparece hay un alivio general, por lo menos sabemos que él se ha ido a robar a otro lado, o a hacer sus negocios con el indio, o a merodear por los

caminos a la espera de que algún desgraciado caiga en las garras de ellos, en algún recodo del camino donde viven entre cardales, mulitas y perdices.

Eso es lo que decían los hombres que cada noche cenaban con él, con Javier López, fotógrafo, en el hotel La Piedra Movediza, en este pueblo perdido en la llanura, a la sombra de estas montañas excéntricas, crecidas en la pampa como una escenografía demente.

—¿Qué pretenden ustedes de hombres que cuando tienen hambre, o el antojo de regalarse una lengua asada, enlazan una vaca, la voltean, la degüellan, la descarnan, sacan su bocado y les regalan el resto a los caranchos?

—Eso no es vida libre, es vida de bestias.

Ahora, en este primero de año con sangre, Javier López cruza la plaza del pueblo, cada vez más llena con vecinos apabullados de miedo e inquietud, todos a la espera de algo, un acontecimiento, un anuncio o una explicación. Se acerca al juzgado. Allí, los gárrulos vecinos callan. Javier López también.

Los cadáveres están tirados sobre una mesa.